

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

RIMAS HUMANAS

1

Desconfianza de sus versos

Los que en sonoro verso y dulce rima
hacéis concepto de escuchar poeta
versificante en forma de estafeta,
que a toda dirección número imprima:

oíd de un Caos la materia prima,
no culta como cifras de receta,
que en lengua pura, fácil, limpia y neta
yo invento, Amor escribe, el tiempo lima.

Estas, en fin, reliquias de la llama,
dulce que me abrasó, si de provecho
no fueran a la venta, ni a la fama,

sea mi dicha tal, que a su despecho
me traiga en el cartón quien me dé fama,
que basta por laurel su hermoso pecho.

2

Propone lo que ha de cantar en fe de los méritos del sujeto

Celebró de Amarilis la hermosura
Virgilio en su Bucólica divina,
Propercio de su Cintia, y de Corina
Ovidio en oro, en rosa, en nieve pura.

Catulo de su Lesbia la escultura
a la inmortalidad pórfido inclina,
Petrarca por el mundo peregrina
constituyo de Laura la figura.

Yo, pues amor me manda que presuma
de la humilde prisión de tus cabellos,
Poeta Montañés, con ruda pluma,

Juana, celebraré tus ojos bellos,
que vale más de tu jabón la espuma,
que todas ellas, y que todos ellos.

3

Dedicatoria de la lira, con que piensa celebrar su belleza

A ti la lira, a ti de Delfo y Delo,
Juana, la voz, los versos y la fama,
que mientras más tu hielo me desama,
más arde amor en su inmortal desvelo.

Criome ardiente salamandra el cielo,
como Sirena a ti, menos la escama,
para ser mariposa no eres llama,
fuerza será mariposar en hielo.

Mi amor es fuego elemental segundo,
de Scitia tu desdén los hielos bebe,
tal imposible a mi esperanza fundo.

Pues a decir que fuéramos se atreve,
cuando no los hubiera en todo el mundo,
yo Amor, Juana desdén, su pecho nieve.

4

Disculpa la humildad del estilo con la diversión de alguna pena

Versos de almíbar y de miel rosada
Amor me pide, siempre que me topa,
y dame acíbar en la dulce copa
de un partido clavel, gloria penada.

Yo cantaré con lira destemplada,
o Sirena bellísima de Europa,
tu enfaldo ilustre, tu jabón, tu ropa
del patrio río en su cristal bañada.

Quien no me entiende, como yo me entiendo,
sepa, dejando lo Aristarco aparte,
que del profano vulgo me defiendo.

Bien fuera justo del Flamenco Marte
cantar las iras, pero yo pretendo
templar tristezas, despreciando el arte.

5

Sobre los laureles poéticos

Llevome Febo a su Parnaso un día,
y vi por el cristal de unos cancelos
a Homero y a Virgilio con doseles,
leyendo filosófica poesía.

Vi luego la importuna infantería
de poetas fantásticos noveles,
pidiendo por, principio más laureles
que anima Dafnes y que Apolo cría.

Pedile yo también por estudiante,
y díjome un bedel: «Burguillos, quedo:
que no sois digno de laurel triunfante.»

«¿Por qué?», le dije; y respondió sin miedo:
«Porque los lleva todos un tratante
para hacer escabeches en Laredo.»

6

Pésale de ser poeta y se le debe creer, habla con el Parnaso

Excelso monte, cuya verde cumbre
pisó difícil poca planta humana,
aunque fuera mejor que fuera llana,
para subir con menos pesadumbre.

Tú que del sol a la celeste lumbre
derrites loco la guedeja cana,
y por la hierba de color de rama
deslizas tu risueña mansedumbre.

A tu fuente conducen mi persona
Poeta en pelo, mientras tengo silla,
vanos deseos de inmortal corona.

Que para Don Quijote de Castilla,
desdichas me trajeron a Helicon,
pudiéndome quedar en la Membrilla.

7

En elogio a doña Juana de Guardo

Bien pudo yo pintar una hermosura,
y de otras cinco retratar a Elena;
pues a Filis también, siendo morena,
ángel Lope llamó de nieve pura.

Bien puedo yo fingir una escultura
que disculpe mi amor, y en dulce vena
convertir a Filene en Filomena,
brillando claros en la sombra oscura.

Mas puede ser que algún lector extrañe
estas musas de amor hiperboleas,
y viéndolas después se desengañe,

pues si ha de hallar algunas partes feas,
Juana, no quiera Dios que a nadie engañe:
basta que para mí tan linda seas.

8

*Alude a la saeta de Philipo, padre de Alexandro, que le sacó de los ojos Critóbulo,
excelente médico*

Púsose Amor en la nariz el dedo,
jurando por la vida de Acidalia,
castigar mi rigor, aunque a Tesalia
fuese por hierbas para algún enredo.

Y Juana por la puente de Toledo
más en Holanda, que en Tabí de Italia
pasó con cuatro puntos de sandalia;
máteme Amor, si medio punto excedo.

Del pie a mis ojos, de su pie despojos,
tal flecha de oro entonces enarbola,

como la que a Felipe daba en ojos.

Pero halló el Macedón farmacopola,
yo no, que con la flecha por los ojos
remedio espero de la muerte sola.

9

Dice el mes que se enamoró

Erase el mes de más hermosos días,
y por quien más los campos entretienen,
señora, cuando os vi, para que penen
tantas necias de amor filaterías.

Imposibles esperan mis porfías:
que, como los favores se detienen,
vos triunfaréis cruel, pues a ser vienen
las glorias vuestras y las penas mías.

No salió malo este versillo octavo;
ninguna de las musas se alborote
si antes del fin el sonetazo alabo.

Ya saco la sentencia del cogote;
pero, si como pienso, no le acabo,
echárale después un estrambote.

10

Describe un monte

Caen de un monte a un valle entre pizarras
guarnecidas de frágiles helechos,
a su margen carámbanos deshechos,
que cercan olmos y silvestres parras.

Nadan en su cristal ninfas bizarras,
compitiendo con él cándidos pechos,
dulces naves de amor, en más estrechos
que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo a un prado,
que para tantas flores le importuna

sangre las venas de su pecho helado;

y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

11

Turbación del poeta al verse favorecido

Dormido Manzanares discurría
en blanda cama de menuda arena,
coronado de juncia y de verbena,
que entre las verdes alamedas cría;

cuando la bella pastorcilla mía,
tan sirena de amor como serena,
sentada y sola en la ribera amena,
tanto cuanto lavaba nieve hacía.

Pídele yo que el cuello me lavase,
y ella, sacando el rostro del cabello,
me dijo que uno de otro me quitase;

pero turbado de su rostro bello,
al pedirme que el cuello le arrojase,
así del alma, por asir del cuello.

12

Satisfacciones de celos

Si entré, si vi, si hablé, señora mía,
no tuve pensamiento de mudarme;
máteme un necio a puro visitarme,
y escuche malos versos todo un día.

Cuando de hacerlos tenga fantasía,
dispuesto el genio, para no faltarme
cerca de donde suelo retirarme,
un ministril se enseñe a chirimía.

Cerquen los ojos, que os están mirando,
legiones de poéticos mochuelos,

de aquellos que murmuren imitando.

¡Oh si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser (o fue burlando)
que quien no tiene amor pidiese celos.

13

Lo que hiciera Paris si viera a Juana

Como si fuera cándida escultura
en lustroso marfil de Bonarrota,
a París pide Venus en pelota
la debida manzana a su hermosura.

En perspectiva Palas su figura
muestra, por más honesta, más remota;
Juno sus altos méritos acota
en parte de la selva más oscura;

pero el pastor a Venus la manzana
de oro le rinde, más galán que honesto,
aunque saliera su esperanza vana.

Pues cuarta diosa, en el discorde puesto,
no sólo a ti te diera, hermosa Juana,
una manzana, pero todo un cesto.

14

A la ira con que una noche le cerró la puerta

¿Qué estrella saturnal, tirana hermosa,
se opuso, en vez de Venus, a la luna,
que me respondes grave e importuna,
siendo con todos fácil y amorosa?

Cerráste me la puerta rigurosa,
donde me viste sin piedad alguna,
hasta que a Febo en su dorada cuna
llamó la aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
aunque fueras de vidrio de Venecia,

tan fácil, delicado y cristalino?

O me tienes por loco o eres necia:
que si soberbio soy para Tarquino,
ni tú romana para ser Lucrecia.

15

A un peine que no sabía el poeta si era de boj, o de marfil

Surca del mar de amor las rubias ondas
barco de Barcelona, y por los bellos
lazos navega altivo, aunque por ellos
tal vez te muestres, y tal vez te escondas.

Ya no flechas, Amor, doradas ondas
teje de sus espléndidos cabellos;
tú con los dientes no le quites de ellos
para que a tanta dicha correspondan.

Desenvuelve los rizos con decoro,
los paralelos de mi sol desata,
boj, o colmillo de elefante Moro

Y en tanto que esparcidos los dilata,
forma por la madeja sendas de oro,
antes que el tiempo los convierta en plata.

16

Quéjase del poco respeto que Juana tiene a sus letras, en que se ve la necedad de los que aman

Aquí de Amor, que mata la dureza
de Juana, sin respeto de su grado,
el más impertinente Licenciado,
que en sus leyes formó naturaleza.

Lo de menos valor es la corteza
en cuantas cosas vemos que ha criado,
y a ti al contrario, el corazón te ha dado
de dura piedra en exterior belleza.

Pues no pueden mis quejas ablandarte,

bien merecieras, Juana rigurosa,
suceder en el mármol de Anaxarte.

¿Pero en qué piedra para ser mi losa,
pudiera el dulce Ovidio trasformarte,
si ya eres jaspe, de azucena y rosa?

17

Pregonase el poeta porque no se halla a sí mismo

Quien supiere, señores, de un pasante
que de Juana a esta parte anda perdido,
duro de cama y roto de vestido,
que en lo demás es blando como un guante;

de cejas mal poblado, y de elefante
de teta la nariz, de ojos dormido,
despejado de boca y mal ceñido,
Nerón de sí, de su fortuna Atlante;

el que del dicho Bártulo supiere
por las señas extrínsecas que digo,
vuélvale al dueño, y el hallazgo espere;

mas ¿qué sirven las señas que prosigo,
si no le quiere el dueño, ni él se quiere?
Tan bien está con él, tan mal consigo.

18

Prometiéronle favorecerle para cuando tuviese seso

Señora mía, vos habéis querido
a cautela de amor entretenerme,
de suerte que ya estoy para perderme
al mayor imposible reducido.

Par el tiempo que cobre mi sentido,
piadosa prometéis favorecerme,
¿si fuisteis vos quien pudo enloquecerme,
dónde hallare lo que he por vos perdido?

Vos sois la culpa, vos la causadora,

de este deliquio y amoroso exceso,
tanto vuestra hermosura me enamora.

Pero si está mi seso y mi suceso
en el que me quitáis, dulce señora,
dejad de ser hermosa y tendré seso.

19

Dice cómo se engendra amor, hablando como filósofo

Espíritus sanguíneos vaporosos
suben del corazón a la cabeza,
y saliendo a los ojos su pureza,
pasan a los que miran amorosos.

El corazón opuesto los fogosos
rayos sintiendo en la sutil belleza,
como de ajena son naturaleza,
inquiétase en ardores congojosos.

Esos puros espíritus que envía
tu corazón al mío, por extraños
me inquietan, como cosa que no es mía.

Mira, Juana, qué amor, mira qué engaños,
pues hablo en natural filosofía
a quien me escucha jabonando paños.

20

Envidia a un sastre que tomaba las medidas a una dama

Más eres sol, que sastre, ¡extraño caso!
Jaime, pues sólo el sol dicen que ha sido
quien a la Aurora le cortó vestido
con randas de oro en Turquesado raso.

Tú le mides el pecho, aunque de paso,
y yo en mis versos mis desdichas mido,
cortando galas en papel perdido
a manera de sastre del Parnaso.

Este soneto, Jaime, cosa es clara,

que si dijese aquí lastre, o arrastre
el consonante dice en lo que para.

Mas si envidiar un sastre no es desastre,
cuando te acerques a su hermosa cara
sé tú el Poeta, y déjame ser sastre.

21

Soneto por Navidad

Juana, para sufrir tu amado brío
ya no hay defensa en Bártulo ni en Baldo;
Juana, ¿qué olla te vertí, qué caldo,
que tratas como a perro el amor mío?

Juana, si tus estampas sigo al río,
cargas de piedras el honesto enfaldo;
Juana, anteanoche te pedí aguinaldo,
y me llamaste licenciado frío.

Cruel naturaleza en nieve pura
la fábrica exterior del cuerpo informa,
alma tan criminal, áspera y dura:

que mal el cuerpo al alma se conforma,
pues fue de tan hermosa arquitectura
la materia cristal, bronce la forma.

22

A las fugas de Juana

Como suele correr desnudo atleta
en la arena marcial al palio opuesto,
con la imaginación tocando el puesto,
tal sigue a Dafne el fúlgido planeta.

Quitósele al coturno la soleta,
y viéndose alcanzar, turbo el incesto,
vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
corona al capitán, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas

corren también a su esperanza vana,
en seguirte anhelantes e importunas,

¿cuándo serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aceitunas,
sino para mi frente, hermosa Juana.

23

A don Juan de Valdés, caballero de la Orden de San Esteban de Florencia, excelente jurisconsulto

Digna siempre será tu docta frente,
Alciato español, del verde engaste,
venciste para mí, don Juan, triunfaste,
y mi fortuna lo contrario intente.

¡Qué claro, qué erudito, qué elocuente,
al Senado Católico informaste!
en cuya heroica majestad mostraste
tus letras y elocuencia ilustremente.

Premio tendrás, que hables, o que escribas
del Senado Real, cuando a sus puertas
el parabién de vencedor recibas.

Las leyes vivas siempre fueron ciertas;
¿más qué importan, don Juan, las leyes vivas
en pleito donde están las dichas muertas?

24

A la molestia de los pleitos

Pleitos, a vuestros dioses procesales
confieso humilde la ignorancia mía;
¿cuándo será de vuestro fin el día?
Que sois como las almas, inmortales.

Hasta lo judicial perjudiciales,
hacéis de la esperanza notomía,
que no vale razón contra porfía
donde sufre la ley trampas legales.

¡Oh monte de papel y de invenciones!
Si pluma te hace y pluma te atropella,
¿qué importa Dinos, Baldos y Jasones?

¡Oh justicia, oh verdad, oh virgen bella!
¿cómo entre tantas manos y opiniones
puedes llegar al tálamo doncella?

25

A un avariento rico

Aquí, con gran placer de su heredero,
un avariento miserable yace;
requiescant in bello, que no in pace,
pues no supo gozar de su dinero.

Nunca pensó llegar al fin postrero,
punto fatal del que a la vida nace;
mas ya las esperanzas satisface
que en largos años le negó primero.

¡Oh juventud lozana!, desperdicia
la plata, el oro con la arena iguala,
y en sus doblones pálidos te envicia;

lascivo con tus damas te regala,
véngate liberal de su avaricia,
y más que él lo guardó, consume y tala.

26

A un palillo que tenía una dama en la boca

En un arco de perlas una flecha
puso el amor, con un coral por mira,
si es que en los arcos por coral se mira
vista, que fue de dos corales hecha.

Ninguna de morir me dio sospecha,
como ésta de su boca dulce vira,
entre cuantas de plomo y oro tira,
que se me vino al corazón derecha.

Viendo que el hurto a tantos obligara,
con lanza en ristre Amor os ha guardado,
Juana, las perlas, porque nadie osara.

Yo las codicio, y veo el arco armado,
¿mas que dicha mayor, si yo quedara,
flechas de amor, a vuestro palo atado?

27

Quedole más que decir y prosigue en la misma materia

Si palos dais con ese palo hermoso,
ya no es afrenta dar de palos, Juana,
la ley del duelo bárbara inhumana
ya es gloria militar, ya es acto honroso.

Aquel toro de Europa fabulosa
volviera tal garrocha en forma humana;
¿si tal fuera el venablo de Diana,
quién fuera entonces jabalí cerdoso?

Yo te ofrezco oraciones desde luego,
si me das por Poeta entre los malos
con ese palo, Amor, palo de ciego.

En Tesalia los tuvo por regalos
el Asno de oro, que compuso el Griego,
tu bestia soy, Amor, dame de palos.

28

Cortando la pluma, hablan los dos

Pluma, las musas, de mi genio autoras,
versos me piden hoy. ¡Alto a escribillos!
Yo sólo escribiré, señor Burguillos,
estas que me dictó rimas sonoras.

¿A Góngora me acota a todas horas?
Arrojaré tijeras y cuchillos,
pues en queriendo hacer versos sencillos,
arrímese dos musas cantimploras.

Dejemos la campaña, el monte, el valle,
y alabemos señores. No lo entiendo;
¿morir quiere de hambre? Escriba y calle.

A mi ganso me vuelvo en prosiguiendo:
que es desdicha, después de no premialle,
nacer volando y acabar mintiendo.

29

Juicio astronómico del día

Tan vergonzosa Venus, tan mirlada
Iris salió del sol, que parecía
que, celosa de Dafne, daba al día
escrúpulos de luz anticipada.

Ni agua ardiente francés, desentonada
vocal crepusculaba chirimía,
ni despertaba el alba la poesía
ni el pájaro marcial su prenda amada.

Tan ronco un búho del gazzate arranca
la arteria en voz, con tal agüero en ella,
que le quisiera dar con una tranca.

Dulce reinaba la amorosa estrella.
Yo finalmente amanecí sin blanca;
debió de ser que me acosté sin ella.

30

Hipérbole a los pies de su dama, que este poeta debió de nacer en sábado

Juanilla, por tus pies andan perdidos
más Poetas que bancos, aunque hay tantos,
que tus paños lavando entre unos cuantos,
oscureció su nieve a los tendidos.

Virgilio no los tiene tan medidos,
las Musas hacen con la envidia espantos,
que no hay picos de rosca en todos Santos,
como sus dedos blancos y bruñidos.

Andar en puntos nunca lo recelas,
que no llegan a cuatro tus pies bellos,
ni por calzar penado te desvelas.

Que es tanta la belleza que hay en ellos,
que pueden ser zarcillos tus chinelas
con higas de cristal pendientes de ellos.

31

Envió una dama una bigotera de ámbar a un galán, que no la había menester

Ocioso, Helena, fue vuestro presente
para tanto marfil lustroso y liso,
que los bigotes del galán Narciso
sostenidos están naturalmente.

Si vos le presumís barbiponiente,
muy de mañana madrugó el aviso,
y si a la cara hacéis moldura y friso,
lo mismo es en la barba que en la frente.

Donde concurren tantos desengaños,
incrédula debéis de ser, Helena,
¿mas quién a de creer tales engaños?

El ámbar y el cairel no os causen pena,
que a poderlos vivir, de aquí a mil años
os la podré volver tal y tan buena.

32

Aún no dejó la pluma...

El galán de la linda bigotera,
que dicen que sin ella os enamora,
no es como vos le imagináis ahora,
pero como quisiérades que fuera.

Platos suelen estar en espetera,
y espadas en recámara, señora,
y así la bigotera mistifora,
pues no se queda en tres a la primera.

Debe de ser que ahora es joven tierno;
pero si no, mandad, si sois servida,
que la traiga de noche por invierno.

Para el frío será cosa escogida:
que bigotera en un lampiño eterno
es poner parche donde no hay herida.

33

A la muerte del Marqués del valle. Escribe de veras

A la primera luz, que al viento mueve
trágico rui señor en la ribera,
joven almendro erró la primavera,
y anticipado a florecer se atreve.

Pero trocando en átomos de nieve
el blando soplo al céfiro, la fiera
mano del Austro en turbulenta esfera
las flores desmayó primera breve.

Así, mozo infeliz, cuando le advierte
el valle, el prado en flor anticipada
desmaya ramas, y pimpollos vierte.

Siendo de aquella fábrica dorada
tan breve el fin, que aun ignoró la muerte
si fue con la desdicha, o con la espada.

34

Los varios efectos de la lengua

Por convidado un sátiro tenía
un hombre, a cuyo rostro estaba atento,
consideró que con un mismo aliento
calienta el frío y la comida enfría.

A las fieras después, «Guardaos, decía,
de un animal que con diverso intento,
trocando solamente el movimiento,
varios efectos de una causa cría.»

Tal es la lengua, si aborrece o ama,
que lo que ama alaba y engrandece,
y vitupera aquello que desama.

Julio, ¿a qué fiera Antandro se parece,
que porque no se envidia no se infama,
y porque no se ve no se aborrece?

35

A don García de Salcedo Coronel, caballero del Serenísimo Infante Cardenal

Compusieron de vos Palas altiva,
y la Madre de Amor en Delo y Paros
un timbre ilustre para ingenios claros
de sauce y roble, de laurel y oliva.

Dulce Apolo Español, de cuya viva
llama conceptos producís tan raros,
que siguiéndola vos, por escucharos
se detuviera Dafne fugitiva.

Ya no es ella laurel, que tanta suma,
como se mira en vos, la envidia asombra,
de vuestro Coronel Febo presuma.

Ninguno como vos laurel se nombra;
pues tanto coronáis, honrad mi pluma,
que de tal Coronel basta la sombra.

36

A la muerte del Rey de Suecia. Escribe en seso

El sucesor del Gótico arrogante,
que fulminó dos veces Carlos Quinto,
en blanco armado, aunque de sangre tinto,
del sacro Imperio presumiose Atlante.

Estaba el mundo en acto circunstante,
si bien el voto universal distinto,
cuando cayó de tanto laberinto
con breve plomo el ínclito gigante.

Mesurose el león de España, el ave
del Imperio paró las sacras plumas,
y el gran Melchisedech doró la llave.

Que suelen de olas infinitas sumas,
pensando altivas contrastar la nave,
hacer montañas, y morir espumas.

37

A la décima musa, doña Bárbara Ferreira de La Cerda, señora portuguesa

Cuando elegante de los dos idiomas,
Bernarda celestial, versos imprimas,
con que los montes y árboles animas,
las peñas mueves, y las fieras domas.

Si lira en soledad, si bronce tomas
del estruendo Marcial heroicas rimas,
rindan a tu laurel remotos climas
oro, perlas, coral, palmas y aromas.

Pues ya con más honor, que al cisne en Tracia,
o Safo Lusitana a las difusas
regiones tu valor la fama espacia.

Serás, pues tantas te dio el cielo infusas,
con la excelencia de la cuarta Gracia,
la décima del coro de las Musas.

38

De algunos predicadores naturales de Madrid, al doctor Francisco de Quintana

Nacieron en Madrid el docto Herrera,
Velasco Ecclesiastés, Marquez Cirilo,
Francisco Sánchez, que fecundó Nilo
inunda el coro de la sacra esfera.

Montero luz en monte, primavera,
Soria Basilio, y en florido estilo
Hortensio fénix, que al eterno asilo
huyó los ojos de la envidia fiera,

Entre estas luces coronada sale,
Quintana, de esplendor tu nueva Aurora,
porque si no los vence, los iguale.

Que ya tu ingenio que las cumbres dora,
y por el sol más encendido vale,
honra la patria, y la virtud decora.

39

Desgarro de una panza en día de toros. Habla el rocín

Yo Bragadero, valenzuela en raza,
diestro como galán de entrambas sillas,
en la barbada naguas amarillas,
aciago un martes perfumé la plaza.

Del balcón al toril con linda traza
daba por los toritos carrerillas,
y andábame después por las orillas,
como suelen los príncipes, a caza;

pero mi dueño, la vaqueta alzada,
a un hosco acometió con valentía
a pagar de mi panza desdichada.

Porque todos, al tiempo que corría,
dijeron que era nada, y fue cornada:
mal haya el hombre que de cuernos fía.

40

Encarece su amor para obligar a su dama que lo premie

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
que no os puedo mirar cuando no os veo,
ni escribo, ni manduco, ni paseo,
entretanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros, no he comprado,
¡oh amor cruel!, ni manta ni manteo;
tan vivo me derrienga mi deseo,
en la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana.
Todos hurtan: paciencia. Yo os lo ofrezco;
mas volviendo a mi amor, dulce tirana,

tanto en morir y en esperar merezco,
que siento más el verme sin sotana
que cuanto fiero mal por vos padezco.

41

A una dama que salió revuelta una mañana

Hermoso desaliño, en quien se fía
cuanto después abrasa y enamora,
cual suele amanecer turbada aurora,
para matar de sol al mediodía.

Solimán natural, que desconfía
el resplandor con que los cielos dora;
dejad la arquilla, no os toquéis, señora,
tóquese la vejez de vuestra tía.

Mejor luce el jazmín, mejor la rosa
por el revuelto pelo en la nevada
columna de marfil, garganta hermosa.

Para la noche estáis mejor tocada;
que no anocheceis tan aliñosa
como hoy amanecéis desaliñada.

42

A un zapato muy grande y desaseado de una dama

¿Quién eres, Celemín? ¿quién eres, fiera?
¿qué pino te bastó de Guadarrama?
¿qué buey, que a Medellín pació la grama,
te dio la suela en toda su ribera?

¿Eres ramplón de Polifemo cuera,
bolsa de arzón, alcoba, o media cama.
Aquí de los zapatos de mi dama
que me suelen servir de bigotera.

¡O zapato cruel! ¿cuál será el anca
de mula que tiró tal zapateta?
y aun me aseguran que el talón le manca.

Pues no te iguala bota de vaqueta,
este verano voy a Salamanca,
y te pienso llevar para maleta.

43

A una dama que se llamaba paz

Bien pensará quien viere, Paz hermosa,
que he de jugar de guerra en el Soneto,
que pide para vos cierto discreto
de estos que saben solamente prosa.

Estad segura, Paz, de guerra ociosa,
que yo no sé escribir por mamotreto;
sólo de vos diré que en su concepto
sois Paz de muchas guerras victoriosa.

No tanta paz, encareced retiros,
que os sigue juventud ociosa y loca,
y guerra os volverán con perseguiros.

La bella retirada a vos os toca,
que temo que vendréis a desluciros,
si siendo Paz, andáis de boca en boca.

44

A una dama que llamando a su puerta le dijo desde la ventana: «Dios le provea»

Señora, aunque soy pobre, no venía
a pedir os limosna; que buscaba
un cierto licenciado que posaba
en estas casas cuando Dios quería.

Extraña siempre fue la estrella mía;
que a un pobre parecí desde la aldaba,
pues ya que a la ventana os obligaba,
trajiste desde allá la fantasía.

No porque culpa vuestro engaño sea,
que a tal Dios le provean no replica
mis hábitos que son de ataracea.

No mis letras, mis penas significan;
pero ¿cómo queréis que me provea,
si tales como vos se lo suplican?

45

Madrugada a escribir el poeta y toma como achaque el enfadarse del mundo para volverse a dormir

Tomé la pluma, Fabio, al gallicinio,
pasada la intempesta nocturnancia,
y no para buscar pueblos en Francia;
que no tengo historiógrafo desinio.

Y haciendo de las cosas escrutinio
de este mundo visible mi ignorancia,
en todo hallé disgusto y repugnancia
con tanto descompuesto latrocinio.

Intenté comenzar por desengaños,
del mar de nuestra vida breve espuma,
que a tantos necios consumió los años;

pero al mirar la innumerable suma
de invenciones, de máquinas, de engaños,
dejé los libros y arrojé la pluma.

46

Consuela a Tamayo de que todos maldigan sin culpa

Aquí del Rey, señores: ¿Por ventura
fui yo Caín de mi inocente hermano?
¿maté yo al rey don Sancho el Castellano,
o sin alma signé falsa escritura?

¿Púsome acaso en la tablilla el Cura?
¿no soy hidalgo y Montañés Cristiano?
¿por qué razón con maldecirme en vano,

no tengo vida ni ocasión segura?

De oír decir a todos me desmayo,
sin que halla lluvia, o trueno resonante,
que vaya a dar en casa de Tamayo.

Vuestra Merced, rey mío, no se espante
ni tenga pena que le mate el rayo,
que sólo va a buscar su consonante.

47

A la muerte de una dama

Yacen en este mármol la blandura,
la tierna voz, la enamorada ira,
que vistió de verdades la mentira
en toda acción de personal figura;

la grave del coturno compostura,
que ya de celos, ya de amor suspira,
y con donaire, que imitado admira,
del tosco traje la inocencia pura.

Fingió toda figura de tal suerte,
que muriéndose apenas fue creída
en los singultos de su trance fuerte.

Porque como también fingió en la vida,
lo mismo imaginaron en la muerte,
porque aun la muerte pareció fingida.

48

A don Francisco López de Aguilar

Entre las soledades, don Francisco,
donde el último Nilo se derrama,
ni vive fiera en campo, ni ave en rama,
ni Gitano pastor conduce aprisco.

Apenas nace el sol verde lentisco,
cuando es ceniza de su ardiente llama.
Aquí llorando me llamó una dama

desde la punta de un excelso risco.

Enternecido yo, piedad humana,
mas si queréis que os cuente alguna cosa,
sabed que lo soñaba esta mañana.

Cuando el rocío del Aurora hermosa
en copa de cristal teñida en grana
con brindis al jazmín bebió la rosa.

49

A la sepultura de Marramaquiz, gato famoso, en lengua culta, que es en la que ellos se entienden

Este, si bien Sarcófago, no duro
pórfido, aquel cadáver bravo observa,
por quien demores tímida caterva,
recóndita cubrió terrestre muro.

La Parca que ni al joven, ni al maduro
su destinado límite reserva,
ministrándole pólvora superba,
mentido rayo disparó seguro.

Lloren tu muerte Henares, Tajo, Tormes,
que el patrio Manzanares, que eternizas,
lágrimas nuestras libará conformes.

Y no le faltarán a tus cenizas,
pues viven tantos gatos multiformes
de lenguas largas, y de manos mizas.

50

Prueba que amor quiere que le correspondan con el ejemplo de la misma dama

A Temis consultó Venus hermosa,
viendo que el niño Amor no se aumentaba,
y que con otro, que esperando estaba,
se aumentaría, respondió la Diosa.

Parió Venus a Anteros, y enfadosa
también por lo bizarro gregizaba,

pues que correspondencia se llamaba,
y crecieron los dos edad dichosa.

Tus dientes fueron ya perlas de Oriente,
Filis, pero la edad, ¡cruel sentencia!
los de la encía superior desmiente.

No hay verdadero amor, si hay diferencia,
porque aun para comer de diente a diente
es fuerza que ha de haber correspondencia.

51

Al sujeto de la dama que le dijo «Dios le provea»

Vuesamercé se puso a la ventana,
y luego conoció que era poeta;
(a que la pobreza nunca fue secreta;
sin duda se lo dijo mi sotana).

Si bien no a todos fiera e inhumana
estrella sigue y saturnal cometa,
a muchos dio carroza, a mí carreta;
para otros Venus, para mí sultana.

Soy en pedir tan poco venturoso,
que sea por la pluma o por la espada,
todos me dicen con rigor piadoso:

«Dios le provea», y nunca me dan nada;
tanto, que ya parezco virtuoso,
pues nunca la virtud se vio premiada.

52

A un perro que mordía a quien tomaba la mano de su ama

Paso Amadís, que el Reino del espanto
tiene perro a la puerta, que no el cielo,
porque las dos figuras de su velo
se muerden con calor, no ladran tanto.

Dejad la mano, suspended el llanto,
que más parece envidia, que buen celo,

de lo que no coméis menos desvelo,
o sois perro, Amadís, o sois encanto.

Con ser melindre, presumís de alano,
o en vuestra lana Júpiter se muda,
que si es de celos, no ladráis en vano.

Si a mi fuego ponéis su nieve en duda,
basta que tenga su desdén la mano,
que sois muy chico para ser de ayuda.

53

Desea afratelarse y no le admiten

Muérome por llamar Juanilla a Juana
que son de tierno amor afectos vivos,
mas la cruel, con ojos fugitivos
hace que mi insistencia sea vana.

Mas escucha: pues que eres flor temprana,
admite los requiebros primitivos
porque no vienen bien diminutivos
después que una persona se avellana.

Para cambiar tu condición extraña,
más de alguna Juanaza de la villa
del engaño en que estás te desengaña.

Créeme, Juana, y llámate Juanilla;
mira que la mejor parte de España,
pudiendo Casta, se llamó Castilla.

54

Rasgos y borrajos de la pluma

Lazos de plata, y de esmeraldas rizos,
con la hierba y el agua forma un charco,
haciéndole moldura y verde marco
lirios morados, blancos y pajizos.

Donde también los ánades castizos,
pardos y azules, con la pompa en arco,

y palas de los pies, parecen barco
en una selva, habitación de erizos.

Hace en el agua el céfiro inquieto
esponja de cristal la blanca espuma,
como que están diciendo algún secreto.

En esta selva, en este charco en suma...
pero, por Dios, que se acabó el soneto.
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

55

A imitación de aquel soneto: «superbi colli»

Soberbias torres, altos edificios
que ya cubristeis siete excelsos montes,
y ahora en descubiertos horizontes
apenas de haber sido dais indicios;

griegos liceos, célebres hospicios
de Plutarcos, Platones, Jenofontes,
teatro que lidió rinocerontes,
olimpias, lustrós, baños, sacrificios;

¿qué fuerzas deshicieron peregrinas
la mayor pompa de la gloria humana,
imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡Oh gran consuelo a mi esperanza vana,
que el tiempo que os volvió breves ruinas
no es mucho que acabase mi sotana!

56

A Bartolomé Leonardo

La nueva juventud gramaticanda,
llena de solecismos y quillotros,
que del Parnaso mal impuestos potros
dice que Apolo en sus borrones nada,

por escribir como la patria manda,
elementos los unos de los otros,

de la suerte se burlan de nosotros,
que suelen de un católico en Holanda.

Vos, que los escribís limpios y tersos
en vuestra docta y cándida poesía,
de toda peregrina voz diversos,

decid, si lo sabéis: ¿qué valentía
puede tener, leyendo ajenos versos,
copiar de noche y murmurar de día?

57

*Al saco de Mantua por el ejército del César, con el verso de la Égloga nona de Virgilio.
Escribe en seso porque hablaba de él*

¡O gran Virgilio, si sangrientas vieras
de tu primera cuna las pizarras,
y el águila Imperial con pico y garras
morder murallas, y romper banderas!

Con trompa, y no con lira, interrumpieras
el ocio a sombra de hayas y de parras,
y la pluma de cisne en las bizarras
del intrépido Marte convirtieras.

Mejor, viendo que el César los soldados
Germánicos de nuevo galardona,
hicieras versos de dolor bañados.

¡Ay del verde laurel de tu corona
entre vestigios de ceniza helados!
¡Ay Mantua la vecina de Cremona!

58

*A don Gabriel del Corral, en la traducción de los versos latinos de nuestro Santísimo
Padre Urbano Octavo*

Yace a la sombra, que la gran montaña
las dos Castillas, árbitro de hielo,
divide altiva en el Hispano suelo,
florido un valle, que Pisuerga baña.

Aquí tu Aurora espíritu acompaña,
Gabriel, tan vivo, que mudando el cielo,
pudo tu pluma con inmenso vuelo
del sol de Italia ser Faetón de España.

Si el carro de oro no conduces solo,
no te aguarde el Eridano Occidente,
por su eclíptica vas de polo a polo.

Sigue sus paralelos felizmente,
sol Castellano del Latino Apolo,
que a su lado tendrás eterno Oriente.

59

A la braveza de un toro que rompió la guarda tudasca

Sirvan de ramo a sufridora frente
las aspas de la tuya, hosquillo fiero,
no sepan cuantos de civil tintero,
ni en pretina escolástica pendiente;

jamás humano pie la planta asiente
sobre la piel del arrugado cuero,
antes al mayo que vendrá primero
corra dos toros el planeta ardiente.

Tú solo el vulgo mísero vengaste
de tanto palo, y con tu media esfera,
la tudasca nación atropellaste;

pues desgarrando tanta calza y cuera,
tantas con el temor calzas dejaste,
tan amarillas dentro como fuera.

60

A la braveza de un toro que rompió la guarda tudasca

Trece son los tudescos que el hosquillo
hirió en la fiesta, aunque en conciencia jura
que no lo hizo adrede, y me asegura
que él iba a sus negocios al sotillo;

mas descortés el socarrón torillo,
sin hacer al balcón de oro mesura,
desbarató la firme arquitectura
del muro colorado y amarillo.

Y como el polvo entre las nubes pardas
no le dejaba ejecutar sus tretas,
por tantas partes se metió en las guardas,

que muchos que mostraron las secretas
en vez de las rompidas alabardas,
llevaban en las manos las braguetas.

61

A un secreto muy secreto

¡Oh qué secreto, damas o galanes,
qué secreto de amor, oh que secreto,
qué ilustre idea, qué sutil conceto!
Por Dios, que es hoja de me fecit Joanaes.

Hoy cesan los melindres y ademanes,
todo interés, todo celoso efeto;
de hoy más amor será firme y perfeto,
sin ver jardines, ni escalar desvanes.

No es esto filosófica fatiga,
trasmutación sutil o alquimia vana,
sino esencia real que al tacto obliga.

Va de secreto; pero cosa es llana
que quiere el buen lector que se le diga;
pues váyase con Dios hasta mañana.

62

A un licenciado que le dijo por favor que deseaba predicar a sus honras

Peniso amigo, codiciar mi muerte,
y ofrecer que a mis honras funerales
harás una oración como otras tales,
de que tu ingenio, acción y voz me advierte.

Esa amistad, que yo quisiera hacerte,
(todos para morir somos iguales)
que por la condición de ser mortales
también te puede a ti tocar la suerte.

No tomo la palabra, aunque me arguyas
de ingrato a los favores que me hacías,
que cuando eternidades constituyas.

Mejor es que yo escriba en tales días
Sonetos tristes a las honras tuyas,
que no que me prediques a las mías.

63

Perdonaron a un regidor sentenciado a degollar, y la guarda por las albricias empeñaba la mula

Era la mula de un Doctor hallada
en un zaguán, y perdonando el Credo
su Majestad al degollado en miedo,
quedó por las albricias empeñada.

Corrió el Doctor con alma degollada,
y dijo al Tasador: Soldados, quedo,
que la crió un Canónigo en Toledo
a paja en flor, y almíbar de cebada.

Si mientras que yo curo, se la llevan,
¿qué delito a mi mula se acumula?
pero pues todos la sentencia aprueban.

Sea también para la mula nula,
porque como otros la coartada prueban,
probaré la mulada de mi mula.

64

A una dama cómica vestida de otra

Reliquias ya de navegante flota
entre los pies de un empinado risco,
burla del mar, colmena de marisco,

dorada tablazón descansa rota.

Sin estayes, sin brújula y escota,
picada de un pequeño basilisco,
la que fue de las nubes obelisco
perdió del rumbo la feliz derrota.

En este, pues, deshecho anfiteatro,
que entre las siete maravillas nombro,
triste voz repitió por partes cuatro:

«Yo soy aquella cómica de asombro,
reina de las acciones del teatro;
que hoy beso el pie de quien pisaba el hombro.»

65

A una dama que salió al balcón cortándose las uñas

Retira del balcón la gallardía,
hermosa madre del rapaz Cupido,
que parece portento haber salido
el sol con uñas, y tan claro el día.

Lo superfluo del nácar, que crecía
sobre la nieve del marfil bruñido,
daba temor al corazón, que herido,
a tan hermosas manos se rendía.

Venid amantes, pretendid, que cuando
la espada está sin filos, asegura,
que el duro golpe no será cortando.

Mas, ¿qué importa, Leonor, si tu hermosura
tiene en los ojos uñas, que mirando,
desuellan almas con mayor blandura?

66

Díjole una dama que le enviase su retrato

Si habéis visto el Sofí, sin caperuza
en dorado cuartel de boticario,
o a Barbarroja el ínclito corsario,

y en nariz de sayón tez de gamuza.

Si habéis visto a Merlín, si al Moro Muza,
o a Juan Francés vendiendo letuario,
si el rostro de un Corinto cuartanario,
que quiso ser lechón, y fue lechuza.

Ese soy yo, que a la virtud atento
sólo concedo a su victoria palma,
que todo lo demás remito al viento.

Pero supuesto, que el argén me calma,
tengo con ropa limpia el nacimiento,
la cara en Griego, y el Romance en alma.

67

Quejósele una dama de un bofetón que le había dado su galán

Para que no compréis artificiales
rosas, señora Filis, Fabio os puso
las naturales, si el calor infuso
las puede conservar por naturales.

Ya que no os da regalos, da señales
de que os los ha de dar, galán al uso,
puesto que en la venganza estoy confuso,
viendo perlas en vos sobre corales.

Herir al sol en medio de su esfera,
cruel temeridad; matad a Fabio,
¡mas ay que vuestros brazos Fabio espera!

Y si amistades son el desagravio,
tantos celos me dais, que más quisiera
vengar las amistades que el agravio.

68

Un lindo de este tiempo

Galán Sansón tenéis, señora Arminda;
toda la fuerza tiene en las guedejas;
bravas salieron hoy las dos madejas;

llore Anaxarte, Dafne se le rinda.

¿Qué manutisa, qué clavel, qué guinda
en púrpura con él corrió parejas?
Y más con los bigotes a las cejas,
que en buena fe, que no sois vos tan linda.

Y como escriben que la diosa trina,
globo de plata en el celeste raso,
los perros de los montes desatina,

este hidalgo lebrel, sin hacer caso,
alzó la pierna, remojó la esquina,
y por medio se fue su paso a paso.

69

Desea el poeta que le piquen avispas

Pensando que era flor una mañana
de Abril, meliflua abeja argumentosa
hizo mayor junto al jazmín la rosa
de la mejilla de la hermosa Juana.

Bajó al dolor, para sí sola humana,
lágrima de sus ojos amorosa,
bebió la herida aljófara, y celosa
en punta de zafir trocó la grana.

Juana, el cruel rigor de tus hazañas,
de tan pequeño mal tu pecho arguya,
pues tus ojos por él en perlas bañas.

Y si ha de ser la medicina suya,
píquenme avispas, áspides y arañas
por una de cristal lágrima tuya.

70

A la muerte de Soto, el de las grandes fuerzas

Aquel Hércules nuevo Castellano,
que atrás dejaba el vuelo del jinete,
el que barajas quebrantaba siete,

que no se cuenta del feroz Tebano.

El que delante del Monarca Hispano
fuerza no halló que el brazo le sujete,
el que molía trigo en un bufete
con la robusta palma de la mano.

Soto, que a los Titanes aventaja,
y que luchara con Milón membrudo,
el que los altos árboles desgaja.

Con la muerte corrió una vez desnudo,
y dándole una echada de ventaja,
cuando se quiso levantar, no pudo.

71

Égloga sin imitación de Teócrito, Pomponio, Nemesiano, Bocacio, ni Calpurnio

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
pelado por la fuerza del estío,
dosel de un verde campo, tan sombrío,
que contra Febo le sirvió de casco.

Damón con su rabel, y al lado el frasco,
para cantar mejor en desafío,
y Tirsi, claro honor de nuestro río,
con un violín de cedro de Damasco.

Juez Elisio, que de un verde probo
a falta de laurel premio tejía,
céfiro hizo de los ecos robo.

Mas cuando Tirsi comenzar quería,
ladró Melampo, y dijo Antandro, al lobo:
y el canto se quedó para otro día.

72

Alaba el poeta lo más esencial de la hermosura, sin ser parte de la armonía de las facciones

Aura suave y mansa, que respiras
en el clavel de Juana, y las lucientes

hebras de sus mejillas transparentes
con blando soplo esparces y retiras.

¿Por qué a la rosa y al jazmín aspiras,
desde el coro de perlas de sus dientes,
pudiendo reparar mis accidentes,
cuando en su dulce hálito suspiras?

El humor de sus labios purpurantes,
para criar aromas bebe Apolo,
del Alba ministrado en los diamantes.

Porque respira tan fragante Eolo,
que ganará un millón tratando en guantes,
pues fueran de ámbar con el soplo sólo.

73

Que en este tiempo muchos saben griego sin haberlo estudiado

Das en decir, Francisco, y yo lo niego,
que nadie sabe Griego en toda España,
pues cuantos Helicón Poetas baña,
todos escriben en España en Griego.

Para entender el Venusino ciego,
querrás decir, por imposible hazaña,
si a las lenguas la ciencia no acompaña,
lo mismo es saber Griego que Gallego.

Cierto Poeta de mayor esfera,
cuyo discipulado dificulto,
de los libros de Italia fama espera.

Mas porque no conozcan por insulto
los hurtos de Estillani y del Cabrera,
escribe en Griego, disfrazado en culto.

74

Enfádase con las Musas porque intentaban escribir un poema

Señoras Musas, pues que siempre mienten,
auque de Memnosine hermosas hijas,

sepan que se han quebrado las clavijas,
ya no hay que Euterpizar, chanzas inventen.

De las horas perdidas se lamenten,
que al sol de la opinión miraron fijas,
desgreñen del cabello las sortijas,
y de moños donados se contenten.

Miren que llevo errada la derrota,
por ser a la grandeza lisonjeras,
pues donde espero siete, me dan sota.

Dejemos Metafísicas quimeras,
vuestras mercedes parlén en chacota
que no está el mundo para hablar de veras.

75

Da la razón el poeta, de que la boca de Juana fuese rosa

Tiraba rosas el Amor un día
desde una peña a un líquido arroyuelo,
que de un espino trasladó a su velo,
en la sazón que Abril las producía.

Las rosas mansamente conducía
de risco en risco el agua al verde suelo,
cuando Juana llegó, y al puro hielo
puso los labios de la fuente fría.

Las rosas entre perlas y cristales
pegáronse a los labios tan hermosas,
que afrentaban claveles y corales.

¡O pinturas del cielo milagrosas!
¿quién vio jamás transformaciones tales,
beber cristales y volverse rosas?

76

Cánsase el poeta de la dilación de su esperanza

¡Tanto mañana, y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuervo, o se me antoja,

¿en qué región el sol su carro aloja,
de esta imposible Aurora tramontana?

Sígueme inútil la esperanza vana,
como nave zorrera, o mula coja,
porque no me tratara Barbarroja,
de la manera que me tratas, Juana.

Juntos Amor y yo buscando vamos
esta mañana; ¡o dulce desvaríos!
siempre mañana, y nunca mañanamos.

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
sáqueme cuervos de estos verdes ramos
los ojos, pero no, que son los míos.

77

Lo que han de hacer los ingenios grandes cuando los murmuran

Un lebrel Irlandés de hermoso talle,
bayo entre negro de la frente al anca,
labrada en bronce y ante la carlanca
pasaba por la margen de la calle.

Salió confuso ejército a ladralle,
chusma de gozques, negra, roja y blanca,
como de aldea furibunda arranca
para seguir al lobo en monte, o valle.

Y como escriben que la Diosa trina,
globo de plata en el celeste raso,
los perros de los montes desatina.

Este hidalgo lebrel sin hacer caso,
alzó la pierna, remojó la esquina,
y por medio se fue su paso a paso.

78

Memorias de amor

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena

aquella luz que fue mi gloria y pena,
y me hace guerra cuando en paz reposa.

Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma, de memorias llena,
ceniza de su fénix amorosa.

¡Oh memoria cruel de mis enojos!
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar sólo un momento;
que ya no tienen lágrimas mis ojos
ni conceptos de amor mi pensamiento.

79

Al baño de dos ninfas aloques

Una morena y otra blanca dama,
siendo por sus riberas y malezas
Manzanares la tabla de estas piezas,
de su breve cristal hicieron cama.

La escultura en las dos era de fama,
compitiendo colores y bellezas,
si bien de dos iguales gentilezas
más la blancura se apetece y ama.

En esta y clara fácil competencia,
un galán que pasaba por la orilla
dijo, por sosegar la diferencia:

«Buenas entrambas son a maravilla,
la una de jazmines de Valencia,
la otra de polvillos de Sevilla.»

80

Encarece el poeta el amor conyugal de este tiempo

Fugitiva Eurídice entre la amena
hierba de un valle, por la nieve herida,

del blanco pie de un áspid escondida,
pisándola clavel, cayó azucena;

llorola Orfeo, y a la eterna pena
bajó animoso, y con la voz teñida
en lágrimas, pidió su media vida:
así la lira dulcemente suena.

La gracia entonces con tremendo labio
Plutón concede al conyugal deseo
del marido, más músico que sabio.

En fin, sacó su esposa del Leteo;
pero en aqueste tiempo, hermano Fabio,
¿quién te parece a ti que fuera Orfeo?

81

De la buena cosecha de poetas, conforme al pronóstico de los almanaques

Si de Poetas la abundancia apruebas,
Elisio, en nuestro Hispánico distrito,
a los panes y peces te remito,
sino sabes el número que llevas.

Año de brevas y de malas nuevas
nunca le veas, tiene el vulgo escrito,
mas cierto Matritense manuscrito,
dice Poetas, donde dijo brevas.

¿Piensas que alguno en tantos la campaña
podrá cantar de Marte en las ajenas,
con las banderas de la invicta España;

las naves contra Holanda de armas llenas?
pero de tal acción te desengaña
sobrar Poetas, y faltar Mecenas.

82

Quéjase a Venus el poeta

Luciente estrella con quien nace el día,
que el oscuro crepúsculo interpreta,

alma Venus gentil, luz que sujeta
cuanto mortal naturaleza cría;

dulce dispara a la enemiga mía
flecha sutil en forma de cometa;
así de trino estés con el planeta
que parece español en la osadía.

Si sales a la tarde en el zafiro,
purpúreo ya, si el alba en oro y grana,
siempre me ves en un mortal suspiro.

¡Oh dulce hasta del cielo envidia humana!
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
tú a mí jamás al de mi hermosa Juana.

83

Dándole a una dama un abanillo que se le había caído

Este que en el jardín de vuestra cara
zafiro artificial templó la rosa,
rosa donde yo fuera mariposa,
si Venus Licenciados transformara.

Este padre del aire, en cuya clara
región tanta cometa luminosa
sale encendida de la luz hermosa,
que de esos ojos el Amor dispara.

Pongo en mi frente y doy a vuestra pura
nieve con el debido acatamiento;
con que podéis, señora, estar segura.

Que no os podrá faltar este elemento,
ni faltará jamás vuestra hermosura,
si fuera el tiempo, como soy el viento.

84

Juntábanse en una casa a murmurar de los que sabían, ciertos hombres que no sabían

Cubre banda de pájaros difusa
torre de Iglesia, o capitel de quinta,

de negra vana las pizarras tinta
máquina chilladora circunfusa.

Pero al primer rumor de voz intrusa,
cuando más el pirámide se pinta,
partiendo el aire de volante cinta,
con descompuesto error huye confusa.

Así cubren, Leonel, los detractores
tu casa en rudo son, y los espanta
la voz de los canoros ruseñores.

Chillen en tanto pues que los levanta
el rumor de las aguas y las flores,
para aplaudir, que Filomena canta.

85

No hay remedio contra malos vecinos

Trajo un galán de noche una ballesta
al sitio en que una dama requebraba,
con que de su ventana retiraba
una vecina en escuchar molesta;

entonces ella, una caldera puesta
en la cabeza, volvió a ver si hablaba;
tiraba el caballero, y resonaba
en el herido cobre la respuesta.

En carros dijo el Momo peregrino
que las casas debieran fabricarse,
o como son portátiles al chino;

que a quien se conviniere recatarse
de lengua y ojos de un traidor vecino,
no tiene más remedio que mudarse.

86

Rigores de Juana

Si digo a Juana, cuanto hermosa, fiera,
lo que la quiero, ingrata corresponde;

si digo que es mi vida, me responde
que se muriera porque no lo fuera.

Si la busco del soto en la ribera,
entre los verdes álamos se esconde;
si va a la plaza, y la pregunto adónde,
con la cesta me rompe la mollera.

Si digo que es la hermosa Polixena
dice que miento, porque no es troyana,
ni griega ni la igualo con Elena.

Eres hircana tigre, hermosa Juana;
mas ¡ay! que aun para tigre no era buena,
pues siendo de Madrid, no fuera hircana.

87

Al nacimiento del Príncipe Nuestro Señor

Sin pagar nueve mesas de posada,
salís a España, hermoso niño Austrida,
y con tener la bolsa proveída,
según afirma una comadre honrada.

Mas no quieren que de ella gastéis nada,
sino que la tengáis tan recogida,
que dándoos Dios dichosa y larga vida,
casado la gocéis bien empleada.

Indias y amores os ofrece España,
y yo os ofrezco a falta de tesoros
un caballito regilero y caña.

Con que podáis después, no digo toros,
(que siendo Carlos, es su propia hazaña)
correr los gallos y matar los Moros.

88

Pobre y desnuda vas, Filosofía

«Pobre y desnudas vas, Filosofía»,

dijo el Petrarca; luego siempre ha sido,
Fabio, la ciencia, en miserable olvido,
desprecio de la humana monarquía.

Llorad la vuestra, que la inútil mía,
ni aun el nombre merece que ha tenido;
olió, tiempo y estudio habéis perdido:
tales efectos la esperanza cría.

Dicen, cuando en los males no hay mudanza,
que la paciencia es premio de la ciencia;
¿qué hará quien, por ser premio, no la alcanza?

¡Aforismo cruel, cruel sentencia!
Récipe para estíptica esperanza,
ayudas de silencio y de paciencia.

89

A una virtuosa pobre y hermosa que no quería ser rica

Sale a la aurora en verde error la rosa,
y en espinoso manto aumenta el brío;
bebe la flor de lis, luz y rocío
en las hojas de espada más hermosa.

No pierde en la confusa zarza hojosa
la cándida mosqueta el señorío,
ni por el sol del abrasado estío
la dormidera está menos pomposa.

Tus rotas galas no te causen miedos,
puesto que hermosa y pobre al mundo espantes,
que tu virtud no ha menester enredos;

porque eres, Flora, tú como los guantes,
que cortados con arte por los dedos,
por lo rompido muestran los diamantes.

90

A una señora manteniendo un torneo con otras damas

La que venció desnuda, ahora armada,

Venus gentil, bordado el tonelete
de corazones de oro, y el copete
preso del pabellón de la celada.

Cupido por padrino de la entrada,
a Juno y Palas mantener promete,
que el premio de hermosura le compete
a tres del fresno, y cinco de la espada.

Palas sin más respuestas, ni preguntas,
con paso airoso la palestra adentro
se opuso armada de aceradas puntas.

Retumban cajas de su esfera al centro,
tercias las lanzas, y las rompen juntas,
¡quién fuera valla de tan dulce encuentro!

91

A una dama roma y fría

Contaba, Clori, ayer un estudiante
que Hércules os hizo la mamona,
de cuya hazaña el bárbaro blasona
como si fuera trompa de elefante.

Que de veros tan frígida me espante,
no me puede negar vuestra persona;
pero no diré yo que fuisteis mona,
por más que me lo pida el consonante.

Ninguno con razón en vos se emplea;
calva sois de nariz, y así no toma
nadie vuestra ocasión, por más que os vea.

Nacisteis cuerva, y presumís paloma;
muchas faltas tenéis para ser fea,
pocas gracias tenéis para ser Roma.

92

Díjole una dama que para qué escribía disparates

La locura del mundo me defiende,

que del estudio la virtud estraga,
que la objeción, Lucinda, satisfaga,
culto me vuelva, y el estilo enmiende.

Si escribo veras, nadie las entiende;
si burlas, vos decís que no las haga;
si alabanzas, ninguno me las paga,
¿pues qué tengo de hacer, si todo ofende?

¿He de quedarme Bachiller en Artes,
sin que halle estilo que este humor consuma
nacido en cuarta luna, aciago un Martes?

Mas si escribir es fuerza que presuma,
écheme el Dios Apolo a aquellas partes
a donde más se sirva de mi pluma.

93

A un elogio que se hizo en Roma a su muerte fingida

La fama que del Tibre a la ribera,
de lenguas de mi muerte mal vestida,
Paulo, llegó, parece que fingida
me enseña a prevenir la verdadera;

aunque jamás pensé que ser pudiera
más dichosa mi muerte que mi vida,
si a vuestro sol, en fénix convertida,
con nuevas plumas renacer espera.

La envidia que mis años, como espuma
ir a la playa de ola en ola advierte,
no es mucho que ya muerto me presuma.

Dichoso yo, pues me mató de suerte,
que puedo oír de vuestra docta pluma,
después de muerto, elogios a mi pluma.

94

Desmayose una dama de ver un ratón, y habla con él el poeta

Vete a roer legajos procesales,

fiero animal, o versos de Poetas,
las cartas atrasadas de estafetas,
o las cuentas de sastres inmortales.

Destruye las despensas figonales,
o las farmacopólicas recetas;
y si otra vez a Fílida inquietas,
fulmínente sus ojos celestiales.

No halles queso bullicioso o triste,
caigas en ratoneras de lacayos,
si celada de gatos no te enviste.

Pero también te debo en sus desmayos
poder mirar al sol, cuando volviste
nieve las rosas, y cristal los rayos.

95

A una dama tuerta

Habiendo hecho en ti naturaleza
Julia, el ojos derecho tan perfecto,
juzgó que era bastante, o fue defecto
de no acertar a darle igual belleza.

De Antígono pintó al gentileza,
puesto de un lado aquel pintor discreto,
yo como necio alabo lo imperfecto,
que no supe tener tanta destreza.

Las partes que en tu rostro se desean,
¿qué lunar pudo haber que las deshaga?
que tal vez los defectos hermostean.

Mas cuando a la objección no satisfaga,
basta que en el matar iguales sena,
como quien riñe con espada y daga.

96

Enójase con Amor con mucha cortesía

Vuestra merced se temple en darle penas,

señor Amor, a un hombre de mi fama,
que si quiso Aristóteles su dama,
también la desterraron los de Atenas.

Malas comidas, y peores cenas,
y como calle pasear la cama,
súfralo, Amor, un toro de Jarama,
que ya no es tiempo de templar Jimenas.

Mande vuestra merced, señor Cupido,
que Juana me respete como debe,
y valga el Montañés sobre raído.

Si los paños me manda que le lleve,
y alguna rosa de sus labios pido,
cuanto fuego le doy, me trueca a nieve.

97

Este soneto de la pulga es atribuido a Lope

Picó atrevido un átomo viviente
los blancos pechos de Leonor hermosa,
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar de invisible diente;

ella dos puntas de marfil luciente
con súbita inquietud bañó quejosa,
y torciendo su vida bulliciosa,
en un castigo dos venganzas siente.

Al expirar la pulga, dijo: «¡Ay triste,
por tan pequeño mal dolor tan fuerte!»
«Oh pulga, dije yo, dichosa fuiste;

detén el alma, y a Leonor advierte
que me deje picar donde estuviste,
y trocaré mi vida con tu muerte.»

98

Quéjase de que le aborrece Juana hablando como astrólogo

Si en la parte duodécima tuviera

de los Peces la luna, Juana mía,
en dignidad de Venus aquel día
que vi saliendo a luz la luz primera,

y tú en la misma, indisoluble fuera
el amor de los dos; mi suerte impía
te dio a Saturno, con que helada y fría
de tu rigor la causa persevera.

No digo yo que fuerzan las estrellas;
que inclinar digo; pero tú no quieres
por tu elección ni porque inclinan ellas.

Amor, ¿qué se ha de hacer de las mujeres
que ni vivir con ellas ni sin ellas
pueden nuestros pesares y placeres?

99

A una dama que le preguntó qué tiempo corre

El mismo tiempo corre que solía,
que nunca de correr se vio cansado;
deciros que es menor el que ha pasado,
demás de necedad, vejez sería;

o mayor o menor, hay noche y día,
sube o declina, Filis, todo estado;
dichoso el rico, el pobre desdichado,
con que sabréis cual fue la estrella mía.

Hay pleitos, y de aquestos grandes sumas,
trampas, mohatras, hurtos, juegos, tretas,
flaquezas al quitar, naguas de espumas;

nuevas mentiras, cartas, estafetas,
lenguas, lisonjas, odios, varas, plumas,
y en cada calle cuatro mil poetas.

100

Burla vengada

Mintió Juanilla entonces, como ahora

ella me abrió, lo que me dijo callo,
metiome en un corral, donde no hallo
ni aun la esperanza, con que entré a deshora.

Vuelva de Amor la mano vengadora
por este Licenciado su vasallo,
pues entre cien gallinas sin ser gallo,
muerta de risa me mira el Aurora.

Mas yo que ya la burla conocía,
pésquele dos detrás de unas tinajas,
vino y abriome al comenzar el día.

Mas no sé si en la burla me aventajas,
que del mal pagador, Juanilla mía,
mejor es en gallinas, que no en pajas.

101

A un gorrión, a quien daba de comer una dama con la boca, y el poeta por honestidad le llama jilguero

¿Quién te dio tanta dicha y osadía,
que en fe de las pintadas plumas oses
llegar, jilguero, donde el pico enroses
en las rosas que Amor enciende y cría?

Confieso, pajarillo, que no había
creído la comida de los Dioses;
mas ya que en ti la he visto, así reposes,
que envidio tu ventura y su ambrosía.

Bebe el cristal, que entre el clavel te espera,
come en el plato más hermoso y rico,
que abrió en rosa y jazmín la primavera.

Pero que no te fíes te suplico,
que a un tiempo te dará la hermosa fiera
fuego en le corazón, y agua en el pico.

102

Enójase con el pájaro porque le mordió la lengua

Desnuda los esmaltes de jilguero,
y el paño pardo de tus plumas viste,
villano gorrión, que ingrato fuiste
a tal piedad, y como ingrato fiero.

En vez de agradecido y lisonjero,
entre las perlas el clavel mordiste,
flecha de amor, e indigno descubriste
el bajo ser y el natural grosero.

Haga de ti con un azor sangriento
el águila de Júpiter justicia
en árbol, en tejado o en el viento;

mas, ¡ay!, que es tal la ciencia y la codicia
de tu siempre lascivo pensamiento
que pienso que fue amor, y no malicia.

103

Que desfavorece la patria los hijos propios, con el ejemplo del excelente Camoes

En esto de pedir, los ricos, Fabio
saben muy bien las enes y las oes,
porque por más que la grandeza loes,
no topa con su altura mi astrolabio.

Con ser divino, que llegar al labio
no tuvo el fénix Portugués Camoes,
y envuelven su cadáver en aloes
después de muerto contra tanto agravio.

Con dos laureles fue tan importuna
de espada y pluma su contraria suerte,
que no le dio favor persona alguna.

Decid, si algún Filósofo lo advierte,
¿qué desatinos son de la fortuna,
hambre en la vida y mármol en la muerte?

104

A los Raguillos de Bocalini, escriba de sátiras

¿Señores Españoles, qué le hiciste
al Bocalino, o boca del infierno,
que con la espada y militar gobierno,
tanta ocasión de murmurar le diste?

El Alba, con que siempre amaneciste,
noche quiere volver de oscuro invierno,
y aquel Gonzalo y su laurel eterno,
con quien a Italia y Grecia oscureciste.

Esta frialdad de Apolo y la Estafeta
no sé que tenga tanta valentía,
por mas que el decir mal se la prometa.

Pero sé que un vecino que tenía,
de cierta enfermedad sanó secreta,
poniéndose un Raguillo daga día.

105

Responde a un amigo que sentía que hablase tan mal de España

Burguillos, el raguillo no me ofrece
tanta seguridad, ni os lo permito;
que la lengua en que viene el libro escrito,
peligroso remedio me parece.

Con poco y vil estudio le acontece
difusa fama al sátiro delito;
yo al bien hablar los hombres la remito,
que todo lo demás no la merece.

Los que no saben escribir en ciencia,
por la sátira van hacia la fama,
que nunca le faltó correspondencia;

aunque tiene tal vez el que difama,
con ser para la frente diligencia,
en las espaldas del laurel la rama.

106

La necesidad en las mujeres es disculpa

Penélope dichosa, no disputo
si fuiste casta o no, porque tenías
muy gentiles capones, que comías
mientras faltaba tu marido astuto.

Las tocas bajas y le funesto luto
deja la falta de comer dos días,
dura necesidad, que si porfías
será traidora Porcia al mismo Bruto.

Las mujeres son todas principales,
si alguna su valor y ser desprecia,
necesidad la obliga a casos tales.

No estaba pobre la feliz Lucrecia,
que a darle don Tarquino dos mil reales
ella fuera más blanda y menos necia.

107

Escribe a un amigo el suceso de una jornada

Claudio, después del Rey, y los tapices
de tanto grande y forastero incauto,
no tiene la jornada a ver el auto,
que te pueda escribir que solemnices.

Fue todo cortesanas meretrices
de las que pinta en sus Comedias Plauto,
anduve casto, porque ya soy cauto
en ayunarlas, o comer perdices.

Ya los ventores con el pico al Norte
andaban por las damas circunstantes,
que al recibir las cartas se da el porte.

Partiose el Rey, llevose los amantes,
quedó al lugar un breve olor de Corte,
como aposento, en que estuvieron guantes.

108

¡No siendo Fénix, que imaginas dando
ceniza al corazón en que se queme!
Si eres la reina tú, consolareme,
las de su muerto esposo manducando.

Pero Lisena, quien se va falando,
con prevención, alguna cosa teme,
que a la mejor oveja aunque se extreme
le da sal el pastor de cuando en cuando.

Memoria es bien tener del memento homo,
pero viva anticipas la ceniza,
y con la sal te volverás solomo.

Bien haya mi cabaña (aunque pajiza)
donde por pascua garrovillas como
y por carnestolendas longaniza.

109

A un poeta rico, que parece imposible

La rueda de los orbes circunstantes
pare el veloz primero movimiento,
déjese penetrar el pensamiento;
iguálese la arena a los diamantes.

Tengan entendimiento los amantes
y falte a la pobreza entendimiento;
no tenga fuerza el oro, y por el viento
corran los africanos elefantes.

Blanco sea el cuervo y negros los jazmines,
rompan ciervos del mar los vidrios tersos,
y naden por la tierra los delfines;

no sufra la virtud casos adversos,
den los señores, hagan bien los ruines,
pues hay un hombre rico haciendo versos.

110

Desengaño del vivir

Compuso un sabio, cuya pobre suerte
apenas toga concedió raída,
un libro en vituperio de la vida,
y dos en alabanza de la muerte.

La muerte, que infamarse siempre advierte,
de tanta exaltación desvanecida,
prometiole mostrarse agradecida
de darle tarde el virotazo fuerte.

«Que no lo estimaré, te certifico,
el sabio respondió, ya calvo y ciego,
tan largo de nariz como de hocico;

pues por tarde que vengas, será luego.
Promete, oh muerte, esa tardanza a un rico;
que yo ni te desprecio ni te ruego.»

111

La primera vez que vio la mar

Válate Dios el charco, el que provocas
con verte a helar el alma de las venas,
Adán de tiburones y ballenas
almejas viles y estupendas focas.

Cerúleo sorbedor por tantas bocas
de más naves que vio tu centro arenas,
teatro en quien oyó trágica escenas
sentada la fortuna entre estas rocas.

Tú que enseñaste al Draque, a Magallanes,
lo más estrecho de tu campo oblico,
a pesar de Sirenas y caimanes.

En España nací con sólo el pico,
cansado estoy de trajinar desvanes,
¿dime por dónde van a Puerto Rico?

112

Que no es hombre el que no hace bien a nadie

Dos cosas despertaron mis antojos,
extranjeras, no al alma, a los sentidos:
Marino, gran pintor de los oídos,
y Rubens, gran poeta de los ojos;

Marino, fénix ya de tus despojos,
yace en Italia, resistiendo olvidos;
Rubens, los héroes del pincel vencidos,
da gloria a Flandes y a la envidia enojos.

Mas ni de aquel la pluma o la destreza
de éste con el pincel pintar pudieran
un hombre que, pudiendo, a nadie ayuda;

porque es tan desigual naturaleza,
que cuando a retratarle se atrevieran,
ser hombre o fiera les pusiera en duda.

113

Que amando no hay dificultad

Carbón me pide Inés, que la criada
dice que se le fue con un lacayo
medio francés, entre bermejo y bayo,
del caballero de la Ardiente Espada.

Si mi pidiera lumbre, la abrasada
Troya del alma le prestara un rayo;
pero carbón, ¡por Dios que me desmayo
de ir a la tienda, la sotana alzada!

Pero pedirme fuera más cuidado
que asar con él, perdone la sotana,
perdone lo escolar, perdone el grado.

Todo lo puede amor, todo lo allana,
pues Hércules se puso ruela al lado,
y Júpiter las naguas de Diana.

114

Que los libros sin dueño, son tienda y no estudio

Fabio, notable autoridad se saca
de escribir el autor, por darnos mueca,
que sacó de su propia Biblioteca
la historia de Charlín y Tacamaca.

Articular humana voz la urraca,
es como remojar la arteria seca,
porque es llamar al guante chiroteca,
esto de Biblioteca o Bibliotaca.

¿Qué librería de orador Hispano,
de Senador Jurisconsulto grave?
¿qué fénix Escorial? ¿qué Vaticano?

Por libros, quiere Persio que le alaba,
¡o mísera ambición de aplauso humano!
que el libro es el que enseña, no el que sabe.

115

A Luis Vélez de Guevara, del crédito que tienen los extranjeros

¿Que Tomé de Burguillos me llamase,
pudiendo yo llamarme Paulo Emilio,
Trajano, Octavio, Régulo o Marsilio,
qué el crédito al valor anticipase?

¿Qué mi estrella fatal me destinase,
aunque no fuerzan sin humano auxilio,
y del Parnaso el provincial concilio
a ser Tomé, sin que jamás tomase?

Luis Vélez, un Luis tuvo Sevilla,
pobre ingeniero, que después fue rico;
mudando el nombre, ¡extraña maravilla!

Si fue Luis pobre, y rico Ludovico,
mudémonos los nombres de Castilla,
vos Ludovico, y yo Burgitomico.

116

Venció una dama cómica a otra que presumía haberla vencido delante de sus majestades

A breve vida exhalación sujeta,
plaza de estrella presumió atrevida,
y volando en aplausos encendida,
risa del aire feneció cometa.

Tú, Fénix; tú, Leonarda; tú perfeta
luz de la acción y de los versos vida,
triunfaste ilustre, al firmamento asida,
que por estrella fija te respeta.

Vuelve después de tantas tempestades,
sol del teatro, más hermoso en ellas,
desengaña las altas majestades:

y sepan las que pisas y atropellas
lo que va de mentiras a verdades,
que hasta salir el sol fueron estrellas.

117

Decía una dama que no hallaba a quien querer

Entre tantas guedejas y copetes,
tantos rizados, jaulillas y bigotes,
entre tantos ilustres Lanzarotes,
reservando gualdrapas y bonetes.

Entre tantos sombreros capacetes,
ámbares, negros, rubios achiotos,
lampazos ligas, cuerpos camelotes,
peones de armas, de Moclín jinetes.

Entre tantos que van el pico al viento,
que a los que rueguen por lindeza esperan,
¿no halláis a quién querer? ¡extraño cuento!

¿A tantos vuestros ojos vituperan?
Señora, o no tenéis entendimiento,
o vendréis a querer, cuando no os quieran.

118

A una dama que a todo respondía, ¡zape!

Del alma, o Lidia, son o cuerda, o loca,
las palabras espejos y retratos,
tanto a la lengua importan los recatos,
y a quien mayor obligación le toca.

¿Qué costumbre tan bárbara os provoca
entre tantos Narcisos y Patratos,
pienso que todos os parecen gatos,
pues nunca os falta el ¡zape! de la boca?

Todos murmuran ¡zape! tan grosero,
aunque por gracia algún galán le escape,
de tantos que traéis al retortero.

Pero porque mejor se encubra y tape,
haced que os den un gato de dinero,
que con el miz olvidaréis el ¡zape!

119

A una dama que criaba un cernícalo

Filis, verte criar un ave admira
de tan poco valor, y que te falte
un pardo azor, un noble gerifalte,
que se pierde en el cielo al que le mira.

Cazar con un cernícalo retira
tu grave honor de su primero esmalte;
una urraca es mejor, que parle y salte,
y que puedas llamar Sancha o Elvira.

Dirás que urracas te parecen suegras
y que en la caza de tus manos francas
mejor con un cernícalo te alegras.

Cazad los dos, pues no las tienes mancadas,
él, pajarillo con las uñas negras,
y tú las bolsas con las uñas blancas.

120

Contra los culteranos

Conjúrote, demonio culterano,
que salgas de este mozo miserable
que apenas sabe hablar, caso notable,
y ya presume de Anfión tebano.

Por la lira de Apolo soberano
te conjuro, cultero inexorable,
que les des libertad para que hable
en su nativo idioma castellano.

«¿Por qué me torques bárbara tan mente?
¿Qué cultiborra y brindalín tabaco
caractiquizan toda intensa frente?

Habla cristiano, perro. Soy polaco.
Tenedle, que se va. No me ates, tente.
Suéltame. Aquí de Apolo. Aquí de Baco.».

121

El río de Madrid en julio

Mísero Manzanares, ¿no te basta
todo el año sufrir tanta fregona,
tanto lacayo y paje de valona,
tanta ropa servil, tanta canasta?

Ahora en julio tus riberas gasta
tanto prestado coche, tanta dona,
que lo que peca abril, junio jabona,
cáfila más altiva y menos casta.

Escupe rayos del León la ira
feroz, aunque de Alcides fue despojo;
la ardiente arena por humor suspira;

mas, como el río es viejo y sin antojo,
a su primera fuente se retira,
de ver tantas pescadas en remojo.

122

A un coche de damas feas, que iban al soto, y hablando con el cochero, por no hablar con ellas

¿A dónde llevas, infernal cochero,
esa de suegras cáfila enemiga?
¿de qué Sitia cargaste, infame auriga,
tanta serpiente y basilisco fiero?

Si desgracia, si imperio, si dinero,
Faetón de Trasgos, a llevarte obliga
tanta fiera cruel, que Amor maldiga,
no eres cochero ya, sino leonero.

Para, Caronte de infernales barcas,
y no lleves al soto, ni a las huertas
tarascas, muertes, cocos, tigres, Parcas.

Que si en ir a las Islas te conciertas,
y en Amsterdam de Holanda desembarcas
con tales sierpes, quedarán desiertas.

123

A un maldiciente

Ricardo, cuando salgas de esta vida,
tu lengua y pluma de verdades llenas
se volverán dos blancas azucenas,
que nunca el cielo de premiar se olvida.

Como tienes la honra tan perdida,
envidias y persigues las ajenas,
naciendo de saber su nombre apenas
el ser de tantas horas homicida.

A todos por cualquiera niñería
mandaba un gran señor dar gran dinero,
porque jamás dinero visto había.

Lo mismo de tu lengua considero;
que quien sabe qué es honra, no podía
tenerla en poco si la vio primero.

124

Intentó el poeta ausentarse para olvidar, y no le aprovechó el remedio, con que parece que habla de veras

En la Troya interior de mi sentido
metió un caballo Amor con gran secreto,
parto de más soldados, sólo a efecto
de verme en salamandra convertido.

Salen a media noche, y al ruido
despierta el alma al corazón inquieto,
y fugitivo yo de tanto aprieto,
entre la viva llama emprendo olvido.

Mi padre al hombro, que es mi ingenio, intento
buscar algún remedio a tanto estrago,
embarcado en mi propio pensamiento.

Pero poco mis daños satisfago,
pues con mudar de patria y elemento,
me vuelvo a Troya porque no hay Cartago.

125

Había duende en una casa y amaneció preñada una doncella

Siete meses, Filena, son cumplidos,
que este espíritu malo se defiende,
no vos del mismo a vos, por más que enmiende
el cuidado a los ojos los vestidos.

Disputase por hombres entendidos,
si fue de los caídos este duende,
o vos la que cayó, sino se entiende,
que sois los dos espíritus caídos.

Entre tantos conjuros he notado,
que espíritu sin carne no podía
seros tangible a vos, si os ha tocado.

No le conjuren más, Filena mía,
porque aunque este se vaya, el que ha dejado
podrá sustituir la duendería.

Efectos de Amor, porque comienza humilde, y acaba apasionado

Digna será de vos, señor Cupido,
digna será de vos tan alta hazaña,
tantas nieves en mí, ¿soy yo montaña?
herid a Juana, pues me habéis herido.

No quiero ejemplo contra tanto olvido
de Dafne en lauro, y de Siringa en caña,
sino que casta la tostéis castaña
al blando fuego de mi amor os pido.

Mi victoria es la seda, el oro y randas,
que dar a vuestras armas por despojos
estas mis escolares sopalandas.

Y tú, pues no te duelen mis enojos,
Juana cruel, que en cinco puntos andas,
caigas, aunque tropieces en mis ojos.

A un amigo del poeta, que iba fuera de mala gana

Galán de verde vas, hermano Alcino,
pájaro mudas, buenas dichas hayas,
pues con lo verderón te apapagayas,
¡notable comisión, bravo camino!

Bien te parece el traje montesino,
para entre cabrahigos y altas hayas,
vuelvas más alto, aunque también lo vayas,
que Lanzarote de Bretaña vino

Como un Orlando vas determinado,
lo verde es esperanza, no se pierde,
y más en los que viven sin cuidado.

Pero dice que vas quien siempre muerde,
más que para galán, para guisado,
porque pudiera ser carnero verde.

Casose un galán con su dama y después andaba celoso

Puso tan grande amor, si amor se llama,
un hombre, aunque no fue de los Catones,
en una gata, en perseguir ratones
décima de las nueve de la fama,

que a Júpiter, teniéndola en la cama,
porque fuese mujer dio tales dones,
que a fuerza de promesas y oblaciones,
Júpiter la volvió de gata en dama.

Estando, pues, en el estrado un día,
pasó un ratón, y apenas la vislumbre
le dio en los ojos cuando fue su arpía.

¿De qué tienes, Ricardo, pesadumbre?
Que Cloris ha de ser lo que solía,
porque es naturaleza la costumbre.

Yphis después de la amorosa queja
de aquella su ingratisima señora,
hallole el sol al despertar la Aurora,
palillo en la almohadilla de su reja.

Luego el tronante Júpiter despeja
las nubes con la mano vengadora,
y en piedra la convierte, donde ahora,
dentro del mármol se lamenta y queja.

Bien me quitara yo también la vida,
pero debe señora reportarme,
que no quedéis en piedra convertida.

Y anímame también para excusarme,
que aún no estaréis después arrepentida,
o me daréis más vida por matarme.

Castiga Amor un mal gusto con tan mal empleo

Quien a ninguno amó, cuanto podía,
tantas veces querer cuantas fue amada,
de un mico inútilmente enamorada
su fiereza por ídolo tenía.

Fatal llegó de dicho mico el día,
y ella de su desdicha lastimada,
la piel vellosa en pardo hollín tiznada
colgó llena de paja en su armería.

¡Qué hermoso salchichón, qué lindo empleo,
qué Adonis bello, o Capitán robusto,
sino el mismo retrato de Asmodeo!

Mas fue de no querer castigo justo,
que fuese un animal tan negro y feo,
el microcrosmos de su necio gusto.

131

La que viene primera no es la mayor desdicha

Hércules de Alcumena giganteo,
ganapán de la Grecia musculoso,
con la nudosa clava el escamoso
cuello deshizo del dragón lerneo.

Pero saliendo muchos, su trofeo
no pudo ser tan presto victorioso,
como en la muerte de mi amor celoso
nuevo principio nace a mi deseo.

No temo las desdichas conocidas;
que a sierpe que produce más cabezas
en daño propio se le dan heridas;

y mis desdichas son como cerezas,
que voy por una, y de una en otra asidas,
vuelvo con todo un plato de tristezas.

132

A la muerte de Timosca, perra de agua famosa, matola la rueda de un molino

En esta inútil, si florida huesa,
yace Timosca, o peregrino, tente,
perra y delfín del agua, cuyo Oriente
Flandes, padre Francés, madre Irlandesa.

Trújome a España belicosa empresa,
donde de un golpe, o fértil recipiente,
parí dieciséis hijos del valiente
Cardona, perro de agua del de Sesa.

Mi muerte fue un molino, mas ya creo,
que trasladarme al can celeste ordena
Júpiter por mujer: ¡qué dulce empleo!

¡Ay de ti, Manzanares, porque en pena,
haré, si en la canícula me veo,
incendio tu cristal, polvo tu arena!

133

A una dama que en un balcón estaba cosiendo unos escarpines muy pequeños

Con el marfil, que al Africano diente
del animal más sabio desafía,
que imaginando como nieve enfría,
siendo por el efecto fuego ardiente.

En un balcón envidia del Oriente
la bella Antandra un escarpín cosía
con hilo, que de perlas parecía,
y aguja, que al amor dichas desmiente.

Bien hace, si con él en puntos nada,
de darse en acabarlos tanta prisa,
pues cuanto quiere con el pie le manda.

Saldrá el Aurora con su dulce risa,
y amor verá en sus pies con breve holanda,
levantarse azucenas en camisa.

134

A la muerte de un catedrático de escritura, escribe de veras

A ti, si más la eternidad pudiera,
que tener en sí misma tu memoria,
con imposible exceso de tu gloria
para tu nombre más eterna fuera.

Cuarenta veces vio la primavera
el vellocino de Jasón victoria,
en tanto que te dio la sacra historia
el Magisterio y Cátedra primera.

Mas ya la muerte en tu fatal partida
tu vida e inmortal fénix convierte,
a mejores escuelas reducida.

Para que honrasen de una misma suerte,
a tu muerte la fama de tu vida,
y a tu vida la gloria de tu muerte.

135

No tiene por hombres los que no aman, aunque no lo siente mucho

Quien no sabe de amor, viva entre fieras,
quien no ha querido bien, fieras espante,
o si es Narciso de sí mismo amante,
retrátese en las aguas lisonjeras.

Quien en las flores de su edad primeras
se niega a amor, no es hombre, que es diamante,
pues no lo puede ser el que ignorante,
ni vio sus burlas, ni temió sus veras.

Yo no me alabaré, que humilde vengo
al dulce yugo, Amor, de tu cadena,
con Sancha Sánchez y con Manga Mengo.

Fuerte vivir por voluntad ajena,
pues no puedo comer, sino lo tengo,
ni tengo gusto, mientras tengo pena.

136

Discúlpase con Lope de Vega de su estilo

Lope, yo quiero hablar con vos de veras,
y escribiros en verso numeroso,
que me dicen, que estáis de mí quejoso,
porque doy en seguir Musas arteras.

Ahora invocaré las verdaderas,
aunque os sea, que sois escrupuloso,
con tanta metafísica enfadoso,
y tantas categóricas quimeras.

Comienzo pues, o tú que en la risueña
Aurora imprimes la celeste llama,
que la soberbia de Faetón despeña.

Mas perdonadme, Lope, que me llama
desgreñada una Musa de estameña,
celosa del tabí de vuestra fama.

137

Discúlpase con Lope de Vega de su estilo

Señor Lope, este mundo todo es temas;
cuantos en él son fratres, son orates;
mis musas andarán con alpargates,
que los coturnos son para supremas.

Gasten espliegos, gasten alhucemas,
perfúmenlas con ámbar los magnates;
mi humor escriba siempre disparates,
y buen provecho os hagan los poemas.

Merlín Cocayo vio que no podía
de los latinos ser el siempre agosto,
y escribió macarrónica poesía.

Lo mismo intento, no toméis disgusto;
que Juana no estudió filosofía,
y no hay Mecenas como el propio gusto.

138

Si al espejo venís a enamoraros,
romperse es fuerza para no ofenderos,
o porque en muchas partes podáis veros,
y él pueda en otras tantas retrataros.

Si a vuestros ojos no buscáis reparos,
no podréis de vos misma defenderos;
que el veros tan hermosa puede haceros
el daño que resulta de envidiaros.

La estampa de que fuistes imitada
rompió, cuando formó naturaleza,
acción de vuestro espejo reiterada.

Quebrarse fue lisonja y sutileza,
porque con ser de vos, ni aun retratada
pueda tener igual vuestra belleza.

139

Reprehende el poeta los que hablan enflautado

Si cumplo con la lengua Castellana,
Resolución diciendo, ¿qué concepto
es llamarla Análisis, o que efecto
Tópica a la invención, cosa tan vana?

Ampliar la lengua propia es cosa urbana,
adulterarla, es bárbaro defecto,
porque su idioma y cándido dialecto
con voces peregrina se profana.

Las nuevas frases como al vulgo ocultas,
de los antiguos términos, se abstraen,
y así el remedio, Fabio, dificultas.

Unas voces se inventan, y otras caen,
pues hasta las mujeres andan cultas,
hurtando a las naciones lo que traen.

140

Nihil gloriosum, nisi totum

Purpúreo Febo despreciando el suelo,
a sí mismo fatal si anohecía,
cuando con plumas de oro el fénix día
previno a España el generoso vuelo.

El peso del Atlántico desvelo
en dos altos pirámides confía,
en quien pudo librar su Monarquía
por bien universal piadoso el cielo.

Salió la luz a deshacer agravios,
a la ciencia el Imperio, y persuadida
la fama a la verdad doró los labios.

Hable la guerra, y el estudio pida,
tendrán en el gobierno de los sabios
laurel las armas y las letras vida.

141

Dijo el Bocalino, que un español, que mató un italiano en desafío, no traía camisa

Ya Belicón, que al Español mataste,
fiesta que Apolo celebró con risa,
para decir que andaba sin camisa,
vestido, aunque mentiste, le enterraste.

A nuestra usanza el Español honraste,
que por la banda, que al sentarse frisa,
honesta de españoles fue divisa,
que en lo forzoso y natural se gaste.

Si el de tu patria, Belicón, muriera,
¿quién duda que el cambray por todo extremo
hacia la parte Occidental se viera?

Más estimo la burla, que la temo,
que donde no se ve oculta la esfera,
no ha menester camisa Polifemo.

142

Preguntole una dama qué era el áureo número

Cuando pensé que os daban más cuidado,
las rosas de Guadix, o de Granada,
el Turco de Valencia la pomada,
y de Sevilla el resplandor comprado.

¿Ricarda, el áureo número os le ha dado?
¿qué calendario no entendéis, cansada
de buscar en la letra colorada
las fiestas, que jamás habéis guardado?

César le halló, pero la causa ignoro
de haceros tan curiosa y importuna,
aunque os parezca femenil decoro.

Que mejor sabéis vos, que otra ninguna,
hallar por este número de oro
la conjunción del sol y de la luna.

143

Que unos se mueren para que otros vivan

Enterraron un mico los persianos
de la embajada de aquel rey primera;
dicen que era almizcleño como pera,
bufón de hocico y jugador de manos.

Allí supersticiosos cuanto humanos,
higos y almendras y una polla entera
le ministraba el que de todos era
alcoranista de sus ritos vanos.

Salía un español de unos olivos
(¡oh consonantes, qué facéis de tuertos!),
y hurtaba los piadosos donativos.

¡Oh terribles del mundo desconciertos,
que con necesidad los hombres vivos
coman las honras de los micos muertos!

144

Si se han de tener celos

O sean justos, Fabio, o sean injustos,
celos han de tener dos voluntades;
si justos, por temor de las verdades,
si por el susto cuando no son justos.

Si celos suelen excusar disgustos,
mejor es no tener seguridades,
que como son los gustos novedades,
no hay que fiar a novedades gustos.

Siempre quien ama ha de tener recelos,
no ha de vivir la voluntad segura,
aunque ventura igual le den los cielos.

Amar y no celar no fue cordura,
porque tener un hombre amor sin celos,
más parece ignorancia que ventura.

145

Al cuidado de calzar justo una dama

¿Qué te han hecho tus pies, o Clara amiga,
que en tan estrechas cárceles los prendes,
los pies encoges, y la mano extiendes?
¡ay de la bolsa, a quien pusieres liga!

¿Por qué le das tan áspera fatiga
a quien te lleva donde tú pretendes?
que si dar a tus pies tormento emprendes,
en él confesaran lo que te obliga.

De pies viene piedad, suéltalos, Clara,
que no pierden amores y cariños
si de tus pies apelan a tu cara.

No paguen apretados tus aliños,
pues si los viera Herodes los matara
por inocentes, pero no por niños.

146

Describe el poeta su Juana en forma de sirena, sin valerse de la fábula de Ulises

De dulces seguidillas perseguidos,
lavando Juana en la ribera amena,
del río, que entre lazos de verbena
verdes construye a los gazapos nidos.

De Ulises quise hacer mis dos sentidos,
pero estaba tan bella de Sirena,
que viendo y escuchando hasta la arena,
los vi anegados, y lloré perdidos.

Allí el deseo y el amor iguales,
lince del agua en círculos sutiles
buscaban bienes, aumentando males.

Yo con los ojos como dos candiles,
verdad, dije, mi ardor, dulces cristales,
pues que tenéis allá sus dos marfiles.

147

Responde a un poeta...

Livio, yo siempre fui vuestro devoto,
nunca a la fe de la amistad perjuro;
vos en amor, como en los versos duro,
tenéis el lazo a consonantes roto.

Si vos imperceptible, si remoto,
yo blando, fácil, elegante, puto,
tan claro escribo como vos oscuro;
la vega es llana e intrincado el soto.

También soy yo del ornamento amigo;
sólo en los tropos imposibles paro,
y de este error mis números desligo;

en la sentencia sólida reparo,
porque dejen la pluma y el castigo
oscuro el borrador y el verso claro.

148

Justifícase el poeta de que no nacen flores...

Abría el sol, dejando el Alba a solas,
con manos de oro la Oriental ventana,
y en el primero albor de la mañana
trinaban filomenas y tórtolas.

Cuando cantando jácaras y andolas,
calva una piedra acicalaba Juana,
dando a los campos más jazmín, más grana,
más risa al río, y más nevadas olas.

Aunque decir que entonces florecieron,
y por ella cantaron ruiseñores,
será mentira, porque no lo hicieron.

Pero es verdad, que en viendo sus colores
a mí me pareció, que se rieron
selvas, aves, cristal, campos y flores.

149

Al retrato de una dama después de muerta

Duerme el sol de Belisa en noche oscura,
Y Evandro, su marido, con extraño
dolor pide a Felipe de Liaño
retrate, aunque sin alma, su figura.

Felipe restituye a su hermosura
la muerta vida con tan raro engaño,
que pensando negar el desengaño,
la vista de los ojos se perjura.

Tú dices que mejor fuera olvidarla.
Octavio, pues ya queda helada y fría,
que no dejar espejo en que mirarla.

Y yo digo, con paz en tu porfía,
que tuvo muy buen gusto en retratarla
al tiempo que mejor le parecía.

150

A doña Antonia Clara de Nevaes, saliendo una mañana al descuido

Quien amanece al sol, quien al sol dora,
dejando libre discurrir el pelo,
por el blanco marfil, y debe al cielo
las rosas que la noche le colora.

Parece, con las gracias que atesora,
que a la naturaleza dio desvelo,
y que en las luces del celeste velo
buscó ella misma su primara Aurora.

Si sois Amor para robar despojos
en hábito de niña, hoy cesa, hoy para
cuanto de su rigor causaba enojos.

Que si fuera de vos, Antonia Clara,
la niña de las niñas de sus ojos,
rompiera el arco Amor, mirar bastara.

151

Celos del poeta, porque vio a Juana columpiándose una tarde con otras doncellas

Para el columpio, que no es justo, para
que el céfiro que engendras bulliciosa,
dulce abanillo de tu cara hermosa,
le pongas cuatro puntos en la cara.

Yo vi tu pie, que me ocultaste avara,
y la roseta del zapato airosa,
que a tus mejillas trasladó la rosa,
como si más que viera, imaginara.

Mas ya celoso de la dicha mía,
viendo que de otro pudo ser gozada,
diré a tu ti, aunque de ti se fía.

Que andabas mal compuesta y bien sentada,
más que sirve decírselo a tu tía,
que pienso que la tienes preparada.

152

Imitando a Garcilaso sentimientos de ausencia

Señora mía, si de vos ausente
en esta vida duro y no me muero,
es porque como y duermo y nada espero,
ni pleiteante soy ni pretendiente.

Esto se entiende en tanto que accidente
no siento de la falta del dinero;
que entonces se me acuerda lo que os quiero,
y estoy perjudicial e impertinente.

Sin ver las armas ni surcar los mares,
mis pensamientos a las musas fío;
sus liras son mis cajas militares.

Rico en invierno y pobre en el estío,
parezco en mi fortuna al Manzanares,
que con agua o sin ella siempre es río.

153

Aconseja a un amigo como cortesano viejo

Don Juan, no se le dar a un hombre nada
de cuanto va ni viene, es cuerdo efeto;
que toda la quietud del que es discreto
en sólo este aforismo está fundada.

¿Qué gobierno, qué ejército, qué armada
corre por vuestra cuenta? Lo perfeto
es el descuido y el tener secreto
cuanto da pesadumbre y cuanto enfada.

Nunca os halléis en juntas ni en corrillos,
que es cuerdo de las bestias el rodeo,
ni en estas ruedas de amolar cuchillos.

Haced de la virtud secreto empleo;
que yo en mi pobre hogar, con dos librillos,
ni murmuro, ni temo, ni deseo.

154

Reprehende los filósofos antiguos

Aquel filosofar antiguo, Octavio,
jamás le diera yo tan falso nombre,
plantar el hombre, sin que el verlo asombre,
más parece de bestia, que de sabio.

Sacar los ojos, dar silencio al labio
un lustro, acción de bárbaro se nombre,
buscar de día con un hacha un hombre,
de cuantos han nacido fuera agravio.

Con propia mano en una fuente un día
vio un sabio un hombre, que bebiendo estaba,
y quebró la escudilla que tenía.

Qué hermosa necesidad, pues se obligaba
a quebrarse la mano, si bebía,
porque también la boca le sobraba.

155

*Se lamenta el Manzanares de tener un gran puente
Habla el río*

¡Quítenme aqueste puente, que me mata,
señores regidores de la villa;
miren que me he quebrado una costilla;
que, aunque me viene grande, me maltrata!

De bola en bola tanto se dilata,
que no la alcanza a ver mi verde orilla;
mejor es que la lleven a Sevilla,
si cabe en el camino de la Plata.

Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la causal y el argumento
de que en las tempestades tengo brío.

Pues yo con la mitad estoy contento,
traíganle sus mercedes otro río,
que le sirva de huésped de aposento.

156

A don Francisco de Quevedo Villegas, señor de la villa de la torre de Juan Abad, caballero de la Orden de Santiago

Para cortar la pluma, en un profundo
ideal concepto, y trasladarle en rima,
halle, peregrinando el patrio clima,
que era de vos lo más sutil del mundo.

Atento os miro, y tan valiente infundo
alma al ingenio, al instrumento prima,
que a escribir, a cantar, a ser me anima
de vuestro claro sol faetón segundo.

Para alabaros hoy, le pedí al coro
de Apolo, si es que tanto emprender puedo,
permitiese mi pluma a su tesoro.

Y respondiome con respeto y miedo:
Burguillos, si queréis teñirla en oro,
bañarla en el ingenio de Quevedo.

157

Lloraba Juana por una camisa que le hurtaron en el río, y quitose el poeta la suya, porque no la riñesen en su casa

¿Perlas, Juana, en tus ojos, cuya risa
hizo llorar de amor al más diamante?
¡qué holanda, qué cambray, o qué brabante
de lágrimas sembró tu manutisa?

¿Mas qué mayor fineza y más aprisa,
como quedarse en cueros un amante?
así pintan a Amor, nadie se espante,
pues menos es que el alma la camisa.

Desnudo estoy, Amor, pero hoy te pido
te dignes de ponerte mi sotana,
y darme el arco para ser Cupido.

Por dicha, aunque es tan fiera e inhumana,
viendo tan grande amor contra su olvido,
rendirá su desdén mi hermosa Juana.

Preguntole un caballero si haría comedias, por el principio de una que le enviaba

Si haré Comedias, me preguntas Cloro,
y un acto de Penélope me envías,
¿qué fama te engañó, que en tales días,
de Falaris te metes en el toro?

Después que un Autoron cantante loro
con idiotismos y objeciones frías
la esponga al vulgo, comerante Harpías
el dulce néctar del Castalio coro.

Es el teatro de ámbar un escudo
en un carro de estiércol, o en un coche,
donde habla el ganso y está el cisne mudo.

Y cuando más tu ingenio se trasnoche,
veraste en una esquina con engrudo,
y no te faltará para la noche.

Exclamación del poeta por un hombre que siempre andaba diciendo, que era muerto

O tú buen hombre, o tú cualquier que seas,
trágico de mi fin Mercurio alado,
que sin ofensa, herencia, ni cuidado,
la voz en referir mi muerte empleas.

Primero que te goces y la veas,
pases la barca de Carón tizado,
y si no tienes óbolos, a nado
te trasladen las márgenes Lereas.

¿Qué te ha hecho, Burguillos, bestia fiera,
que quitas a la muerte su trofeo,
cuando menos la teme, que la espera?

Déjale honrar el coro Pegaseo,
que como aguardes a que Dios lo quiera,
él se lo morirá sin tu deseo.

Al Príncipe de Esquilache

Si yo en mi vida vi la Polyanthea,
 rudo villano me convierta en rana,
 ¿qué aplauso pide aquella gente vana,
 que por lo trajinado se pasea?

Vuestro claro esplendor árbitro sea
 Príncipe de la lengua Castellana,
 que si Goda nació, vive Tebana,
 y siendo esfinge, morirá Guinea.

Cuando vos fuiste por Virrey a Lima,
 Penélope quedó, más de aquel cielo
 Antártico volviendo a nuestro clima.

Adúltero hallaréis su casto velo,
 y a mí llorando su perdida estima:
 ¡o patria, cuánto debes a mi celo!

Discúlpase el poeta del estilo humilde

Sacras luces del cielo, yo he cantado
 en otra lira lo que habéis oído;
 saltó la prima y el bordón lo ha sido
 al nuevo estilo si le habéis culpado.

De mí mismo se burla mi cuidado,
 viéndome a tal estado reducido;
 pero, pues no me habéis favorecido,
 ¿por qué disculpo lo que habéis causado?

Entre tantos estudios os admire,
 y entre tantas lisonjas de señores,
 que de necesidad tal vez suspire;

mas tengo un bien en tantos disfavores,
 que no es posible que la envidia mire:
 dos libros, tres pinturas, cuatro flores.

De doña Teresa Verecundia al licenciado Tomé de Burguillos

Con dulce voz, y pluma diligente,
y no vestida de confusos chaos,
cantáis Tomé las bodas, los saraos,
de Zapaquilda, y Mizifuf, valiente.

Si a Homero coronó la ilustre frente
cantar las Armas de las Griegas Naos,
a vos de los insignes Marramaos
guerras de amor por súbito accidente.

Bien merecéis un gato de doblones,
aunque ni Lope celebréis, ni el Taso,
Ricardos, o Gofredos de Bullones.

Pues que por vos segundo Gatilaso,
que darán para siempre de ratones,
libres las Bibliotecas del Parnaso.

Trajeron unos devotos a la Corte el Santo Niño de la Cruz...

Dulce pastor que nuestro valle pisa
desde las flores de su prado eterno,
esposo, a quien el Alba del invierno
entre rizos de sol perlas divisa.

Dulce amor, dulce niño, dulce risa,
dulce Jesús, dulce cordero tierno,
¿qué cuidado del alma, qué gobierno
mueve los dulces pies a tanta prisa?

¿Cómo dejáis a vuestra dulce madre?
¿es bueno que le deis estos enojos?
¿de la Cruz a la Corte habéis venido?

A fe que se lo diga a vuestro padre,
¡más ay de mí! que respondéis mis ojos,
que por hallarme a mí venís perdido.

